

Alejandro Lipschütz.

IMPRESIONES PORTUGUESAS (1)

TUOQUÉ el suelo portugués por primera vez en la isla de Madeira, donde permanecí durante unos diez días. Cuando uno elige a Funchal como punto de descanso, piensa en primer lugar en sus bellezas naturales. Puedo decir que en todos mis viajes por Europa y por América del Sur, no he visto una concentración semejante de encantos naturales. El mar y la formación de la costa, el panorama de Funchal desde la bahía y desde la altura, la gente que pulula en las calles, las casas y los jardines que se extienden en las faldas, los caminos iluminados que desde lejos se ven en la noche serpenteando por las vertientes de la isla, la vegetación semi tropical exuberante—todo esto es inolvidable.

Pero no quiero disimular que a pesar de toda mi susceptibilidad para los encantos de la naturaleza, hubo para mí, en la isla de Madeira, otro factor que me emocionó no menos: *el hombre que trabaja*. Recorriendo la isla ví dos huellas del último: los caminos y las viñas. Cada metro cuadrado de terreno laborado, a veces en vertientes tan paradas que uno

(1) Una Revista de Porto dirigida por el Señor *F. de Castro Pires de Lima* me había rogado comunicar las impresiones que tuve durante mi estada en Portugal, del país y de su gente en el año 1930. Lo hice aunque me daba plenamente cuenta que sé escribir mejor sobre observaciones de laboratorio que de la vida humana. Tal vez también mis amigos chilenos tendrán interés en conocer una página suelta sobre la vida espiritual de este hermoso país.

se pregunta cómo puede el hombre trabajar en este lugar. La montaña ruda y cruda transformada en viña. Una acumulación de *trabajo* durante cinco siglos. El hombre portugués que pobló la isla de Madeira hasta una densidad semejante a la de la Bélgica, *luchó y venció*. Era su arma el *azadón*—el arma más noble, el arma del hidalgo de *hoy día*. Cuando el mozo del hotel que me trajo mis maletas al vapor, al despedirse me estrechó la mano, sentí que nos entendíamos sin muchas palabras.

Un contraste son los niños mendicantes—la corrupción por la industria del turismo. La industria del bordado encanta; pero uno siente que tanto trabajo compensa muy poco al pueblo.

Guardaré para siempre el recuerdo más grato de la isla bella y trabajadora, del pequeño hotel «Seaview», desde el cual tanto miraba sobre Funchal, el mar y el horizonte, y un buen recuerdo de la gente buena que me atendía...

Me iba a Portugal, en verdad, para conocer las Facultades de Medicina de Lisboa, Porto y Coimbra; por rara coincidencia el distinguido colega que me esperaba en el puerto de Lisboa era un hijo de Funchal—el Profesor *Marck Athias*.

Conocí a *Athias* 24 años atrás, en una pequeña ciudad universitaria alemana, en Goettingen, en donde él visitó el Instituto de Fisiología dirigido por mi gran maestro alemán ya difunto *Max Verworn*. Nos olvidamos el uno del otro trabajando sobre problemas bastante distintos. Pero, hace 17 años, ambos comenzamos a trabajar en el mismo campo de Fisiología, sobre la Endocrinología Sexual. Esto *une* a la gente aun cuando no se conozcan personalmente, une mucho más de lo que supone el profano. Una hora después de mi llegada a Lisboa estuve ya en el Laboratorio de Fisiología y discutimos los hallazgos y las preparaciones microscópicas, los sobresalientes resultados de 15 años

de trabajo de mi eminente colega portugués. ¡Que momentos felices pasé en el laboratorio de mi colega de Lisboa, cuyo nombre llegó a ser familiar a todos los que trabajan en este campo de la Fisiología.

La Facultad de Medicina de Lisboa cuenta con un profesorado altamente digno. El distinguido Decano *Egas Moniz* y todos los profesores que he conocido, contribuyen a mantener el alto espíritu científico y a dar a la enseñanza médica un rumbo moderno que comprende la colaboración activa del alumno mismo en los cursos. He visitado el Laboratorio de Fisiología y el de Histología. Los laboratorios podrían ser mayores; pero sale a la vista el gran e intenso trabajo establecido por sus directores, el Profesor *Athias* y el Profesor *Da Costa*, para adaptarlos a las exigencias de la enseñanza. En laboratorios muy estrechos, es difícil cultivar la investigación científica, sin la cual no son posibles hoy día ni la enseñanza médica, ni la formación de un profesorado médico nacional. Pero venciendo muchas dificultades, los profesores de la Facultad de Medicina de Lisboa, y en primer lugar el fisiólogo y el histólogo, llegaron a hacer conocer la Facultad fuera de Portugal por sus trabajos de investigación.

Un gran paso hacia adelante fué la creación del *Instituto Rocha Cabral* que se dedica exclusivamente a la investigación científica en el campo de la Medicina y Biología. Su distinguido director, *Ferreira de Mira*, junto con muchos entusiastas colaboradores formó un nuevo centro de estudios científicos. La influencia favorable de este centro se hará sentir pronto en la vida médica de Portugal. De gran importancia me parece también la formación del *Instituto de Cáncer*, y hay que esperar que la energía sonriente de su director el distinguido cirujano Profesor *Gentil* vencerá muy pronto todas las dificultades económicas, para realizar el Instituto de Cáncer, que es una necesidad urgente. La bella colaboración de los mejores elementos médicos, en el Ins-

tituto de Cáncer, da la garantía de éxito de esta obra nacional.

Todos han oído hablar de las bellezas de la naturaleza y de los recuerdos históricos monumentales de Lisboa, de los cuales pude imponerme. gracias a la amabilidad infatigable del Profesor *Athias*. Sería inmodestia de mi parte detenerme sobre estas cosas. Pero no quiero omitir la ocasión de decir que por primera vez he visto una colección de cuadros compuesta con tanta comprensión y concentración como la de Lisboa, y la obra de su director puede servir de modelo para muchos museos de mayor riqueza. . .

Con el tren de la tarde me fuí a *Coimbra*. El problema de las *dos* estaciones de Coimbra se reveló tan difícil para mí que decidí confiarme completamente a un amable compañero de viaje de aspecto digno y con barba blanca, el cual al llegar en la noche también me llevó consigo al hotel, y de las dos piezas que estaban libres, me cedió amablemente la que tenía vista encantadora sobre el Mondego. Era un médico y siento mucho no haber conocido su nombre. . .

En la mañana me fuí en primer lugar al laboratorio de Histología que dirige el Profesor *Geraldino Brites*. Encontrar en Coimbra su laboratorio sería, sin ser acompañado por su director u otro universitario, cosa extremadamente difícil. Menciono esto porque tiene profundo valor simbólico. El laboratorio de Histología, como el de Fisiología, están *alojados* en la Clínica de Obstetricia y deben contentarse con un mínimo de espacio y de comodidades. He admirado el espíritu del Profesor *Brites*, que le ha facilitado obtener lo mejor de la situación y transformar las pocas piezas a su disposición en un moderno hogar de enseñanza y de investigación. Sin su cultura de investigador, su verdadero amor por la ciencia y su gran entusiasmo, tal cosa habría sido imposible.

La impresión que uno obtiene de Coimbra al visitarla

por primera vez, es enorme y única. En ninguna otra ciudad universitaria sentí de manera igual la tradición cultural. Por cierto, Lisboa tiene sus grandes monumentos históricos nacionales, y a pesar de haber sido reconstruída a fines del siglo XVIII, después del gran terremoto, el pasado lejano y glorioso se impone. Pero Coimbra es *toda* pasado y tradición lo cual a cada paso sale a la vista, y en este conjunto de tradición cultural la *Universidad* ocupa un lugar preponderante. Con el amable Rector señor *Fezas Vital*, el señor Decano de la Facultad de Medicina *Oliveira* y el señor *Brites* hemos recorrido los antiguos edificios universitarios y debo decir que la impresión más fuerte que traigo de mi viaje por las Universidades de muchos países de Europa y de la América del Sur durante la mayor parte del año 1930, es la Universidad de Coimbra.

Si en la Facultad de Medicina de Lisboa, sentí el empuje y la seguridad en la marcha, en Coimbra sentí—*Universidad*, espíritu universitario que abarca todas las ciencias y reconoce a los últimos como un fin absoluto, sin mira a la utilidad práctica. Sí, como viejo universitario, me doy plenamente cuenta, que la pobreza de varios laboratorios y la pobreza de los profesores mismos, excluye frecuentemente la verdadera exteriorización de ese espíritu en Coimbra. Pero tal espíritu existe, porque persiste. Y es mi opinión franca que *el Gobierno de Portugal tiene frente a la Nación la obligación de asegurar a la Universidad de Coimbra la posibilidad de adaptarse técnicamente a las exigencias modernas de la enseñanza*, en cuanto a laboratorio, bibliotecas y seminarios. Coimbra con su tradición cultural y universitaria, es un valor nacional incalculable que no se adquiere por tantos y tantos dólares. Hay que conservar sus riquezas culturales y no desperdiciarlas; hay que invertir las de tal modo que produzcan interés—«interés» *cultural*. Ninguna diversión de opinión política debe impedir la obra nacional en

favor de la Universidad de Coimbra que es, insisto sobre todo, una de las grandes riquezas nacionales del Portugal.

Séame permitido decir que considero de error fundamental que los sueldos de los profesores universitarios sean tan insignificantes. Como no vivimos en las nubes, sino en la tierra, hay que darse cuenta de que el profesor universitario que ocupa el más alto grado en la carrera de enseñanza, debe tener gran libertad económica. Si eso escasea, el trabajo de investigación científica se dificulta enormemente. Es una mala política pagar mal a los profesores universitarios y disculparse con el dicho que el «sabio» no necesita riquezas. No se trata de conseguir «riquezas» para los profesores universitarios, sino libertad económica para que llegue a ser la condición inmediata de todo el desarrollo universitario.

La estadía en Coimbra me enseñó que hay algo de simbólico en el hecho que Coimbra está unida con la línea central del ferrocarril por un ramal especial lateral. Coimbra está—felizmente—fuera del gran camino, y debe quedarse así. Coimbra puede obrar, solo si conserva su valor intrínseco-tradicional, y cumple a la Nación facilitar a esta ciudad el cumplimiento de su función.

Al salir de Coimbra a Porto, uno recorre en pocas horas varios siglos...

Si Coimbra impresiona por sus detalles, Porto lo hace por su conjunto. Y hay que decir que Porto impresiona de manera fuerte. El panorama de Porto es grandioso.

Con la Universidad de Porto estuve ligado muchos años por mis relaciones científicas y de amistad con el distinguido anatómo el Profesor *Pires de Lima* y el histólogo Profesor *Salazar*. Encontré a la Facultad de Medicina de Porto en plena reconstrucción, bajo los auspicios de su Decano entusiasta, el Doctor *de*

Aguiar. El nuevo Instituto de Anatomía es verdaderamente espléndido y su Director el Profesor *Pires de Lima* el cual con sus trabajos científicos sobre las malformaciones y con su interés por la anatomía humana comparada hizo tanto para dar a conocer la Facultad de Medicina de Porto, también fuera de Portugal, creando—ayudado por el Profesor *Monteiro* y rodeado por un número de elementos más jóvenes—todo un ambiente de investigación. Gran satisfacción fué para mí, como fisiólogo, poder constatar que el Decano empeñado en la reorganización de la Facultad, da toda la importancia a las nuevas cátedras de Química Fisiológica y de Fisiología.

Después de encontrarme, aunque por poco tiempo, entre los elementos universitarios de Porto, me pareció que el tipo humano de Porto es algo muy especial. En Porto cada uno de los hombres tiene algo de Enrique el «Navigator»—individualidad, espíritu, ímpetu y mucho intelecto. Así el Decano *de Aguiar*, el Rector *de Sousa Pinto* y no menos el cirujano *Teixeira Bastos* igualmente interesado en el recorte de los intestinos y en la colección de porcelana china. Parece el Portense también gran patriota local. Tiene el deseo de que sea su universidad *mejor* que la de Lisboa o la de Coimbra. Está lleno de profundo interés por la historia local, como los jóvenes fisiólogos que con tanta amabilidad me llevaban por la ciudad de Porto. Este aspecto y este espíritu *cantonal*.—¡Madeira, Lisboa, Coimbra, Porto!—me parecían bastante característicos en el Portugal, y hasta cierto punto me recordaron lo que tanto caracteriza a la Suiza. Y creo que tal espíritu cantonal es siempre un signo de cultura—no en el sentido del valor *técnico*, sino en el sentido del valor *sentimental*. La gente tiene *individualidad*, quiere conservarla y rechaza «uniformarse». El pueblo portugués radica profundamente en su tierra y los recuerdos materiales e ideales nacionales significan mucho

para él. Lo prueba el gran desarrollo de los estudios arqueológicos que dirige en la Universidad el Profesor *Méndes Correia* y que le merecieron fama internacional. Y el gran escultor de Porto, el señor *Lopez* a quien tuve el honor y el gusto conocer en su casa, tan hábil en modelar la piedra, *descansa* en la octava década de su vida, en modelar al modo popular antiguo en madera y pintarla, y aun en *restaurar* lo que se modeló siglos atrás, tal vez por un hombre del pueblo, pero del *mismo pueblo portugués*.

En el desarrollo de los pueblos la proporcionada combinación de ideales locales y nacionales significa mucho. El portugués trasladó estos sentimientos de particularidad también al Brasil—¡qué se compare sólo Río de Janeiro y São Paulo! Pero toco ya aquí un otro gran problema de sumo interés que se me impuso durante mi viaje: las relaciones culturales entre el Portugal y el Brasil. Mis amigos portugueses me recibieron con tanto cariño por encontrarme yo en Portugal en calidad de universitario latinoamericano, y expresaron ellos esta idea públicamente. ¿Por qué no estrechar las manos especialmente entre los intelectuales portugueses y *brasileños*? Esta idea me dominaba cuando medio año después de mi visita a Portugal. estuve en Brasil. Puedo decirlo sin vacilar: los universitarios portugueses tienen mucho que sugerir a los brasileños, pero tienen también algo que sugerir los brasileños de Río y de São Paulo a los portugueses. Y diré más: el pueblo portugués, obligado por fuerza de la Naturaleza a ser un pueblo poco numeroso en los límites del Portugal, crece en el Brasil para llegar a ser una nación de las más poderosas.

Bien, yo sé, que son cuestiones de gran delicadeza para ambas partes; que se me perdone pues, la libertad que me he tomado...

Me fuí de Porto y del Portugal hacia España—por las viñas del Douro que tan de repente se terminaron en la frontera portuguesa-española...